

UNIVERSIDAD Y DESARROLLO HUMANO

UNIVERSITY AND HUMAN DEVELOPMENT

UNIVERSIDADE E DESENVOLVIMENTO HUMANO

*Luis Alberto Castrillón López**

Ante la realidad que circunda, son muchas las voces que denuncian una ruptura entre el espíritu humano y el desarrollo de la cultura. Es inevitable pensar que en la universidad y en la academia pareciese estar presente dicha separación. La universidad y su identidad de lugar para el encuentro y la búsqueda de la verdad humana está siendo asaltada por aquel esquema de empresa al servicio del liberalismo capitalista que denuncia Nussbaum (2010 38), a propósito del informe de la comisión sobre el futuro de la educación superior en Estados Unidos, que le da a la educación la misión de moldear el desarrollo nacional, en términos de crecimiento económico. Los múltiples debates que se han instaurado deben causar una actitud de resistencia a un modelo que instrumentaliza

* Magíster en Filosofía. Licenciado en Filosofía y candidato a doctor por la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Profesor titular del Centro de Humanidades. Miembro del grupo de investigación Religión y cultura. Correo electrónico: luis.castrillon@upb.edu.co

Artículo recibido el 15 de noviembre de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de diciembre de 2013.



lo que ha defendido la universidad como espacio del sentido y dejan claro una vocación empresarial en la educación superior que la ha convertido en un nodo productivo que ocupa un lugar importante en el crecimiento económico.

La razón económica como el pleno sentido del desarrollo humano

Es reiterativo el desvanecimiento al que se ha sometido a la cultura humana –y no pocas veces se impone como la única respuesta de sentido– desde la reducción económica. El diferenciador humano, que evoca en la humanidad una cierta diferencia o posibilidad de autocomprensión de la realidad vivida, se torna económico, calculador, consumista, líquido, excluyente; la sensibilidad humana, el espíritu de trascendencia ha sido devorado por las ansias de una reducida respuesta instrumental, técnica y vacía que conforma la triada producir-consumir-competir. Sábato (2000) lo expresa como denuncia:

En el vértigo todo es temible y desaparece el diálogo entre las personas. Lo que nos decimos son más cifras que palabras, contiene más información que novedad. La pérdida del diálogo ahoga el compromiso que nace entre las personas y que puede hacer del propio miedo un dinamismo que lo venza y les otorgue una mayor libertad. Pero el grave problema es que en esta civilización enferma no sólo hay explotación y miseria, sino que hay una correlativa miseria espiritual. La gran mayoría no quiere la libertad, la teme. El miedo es un síntoma de nuestro tiempo. Al extremo que, si rascamos un poco la superficie, podremos comprobar el pánico que subyace en la gente que vive tras la exigencia del trabajo en las grandes ciudades. Es tal la exigencia que se vive automáticamente, sin que un sí o un no haya precedido a los actos (210).

Lo peligroso de este desvanecimiento del espíritu humano no es lo que propone, sino la forma tan efectiva como somete los escenarios e instituciones que configuran el sistema social. La privilegiada acción de sometimiento que ejerce la economía del mercado sobre lo político

y cultural, ha desencadenado la prevalencia del sistema productivo capitalista y su condición de única respuesta a la dinámica de desarrollo humano. Es peligrosa la cultura del descarte que expresa el Papa Francisco (2013), donde “(...) grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar” (53). El desarrollo humano no puede fraccionarse, su vocación es que sea íntegro, que evoque todas las dimensiones constituyentes del ser humano, se debe valer de todas las disciplinas científicas como herramienta para dar respuesta a las preguntas que interpelan la verdad sobre lo humano. Reivindicar una comprensión holística del sentido donde confluyan cultura, religión y ciencia –cada una dando respuestas a las necesidades de sentido humano íntegro– es un desafío no solo para la construcción de una sociedad más equitativa, sino para forjar una conciencia de humanidad personal y comunitaria menos excluyente y basada en la esperanza.

La universidad y su vocación por la verdad sobre el hombre y la unidad del saber.

La pregunta que nos acompaña es cuál es la misión de la universidad en su tarea de formar el espíritu humano. La vida universitaria también ha incursionado en esa dinámica de sentido instrumental y vacío que se describía en las líneas anteriores. La universidad es un organismo viviente, por lo tanto, no puede reducirse a una empresa productiva, pues sus miembros confluyen no para dar como resultado un producto o servicio, sino para construir y transformar el espíritu humano. Es cierto que la vocación para el trabajo da al ser humano una exploración superior para su desarrollo, pero la reducción del trabajo a solo un fin productivo desconfigura y desequilibra las otras dimensiones de lo humano.

La universidad es un lugar de sentido, no es un simple espacio físico, sino que, reuniendo lo anterior, remite a un imaginario acontecido. La fuerza productiva de la universidad no se reduce a las competencias

profesionales que adquieren los estudiantes, ni a las profesiones, sino más bien a los sentidos profesionales que provee al recrear la unidad del saber: al brindar un imaginario de encuentro, interrelación, emancipación y transformación.

Ni la universidad puede reducirse a una dinámica empresarial –con sistemas de acreditación y calidad, estándares de impacto– ni los universitarios pueden conformarse con la adquisición de una competencia laboral o un título profesional para enfrentar el acontecimiento de la vida. Los retos del desarrollo humano ya plantean un desafío, reconstituir la unidad del saber, sin la primacía de unas disciplinas, sin la pugna entre ciencias y humanidades. La universidad, desligada de esa perspectiva economicista y mecánica, puede ser la respuesta a la formación del carácter que necesita cada uno de los estudiantes que allí se reúnen. Generar el encuentro entre las ciencias y diferentes saberes y prácticas es la tarea que hace de la universidad un escenario de transformación social. Se anuncian valores que comprometen la actitud ética y convencida de sus miembros, se incentiva la creatividad para la transformación y bien de la sociedad, se experimenta la relación con el diferente en procura de la inclusión y el respeto, se promueven los valores políticos de la participación desde la equidad y la justicia. La universidad se constituye así en una dinámica de autoconciencia de la vida, y se convierte en la universidad de la vida, esa que enseña que el espíritu humano es trascendente porque el día a día enfrenta cambios y descubrimientos que promueven la innovación, pero que ningún cambio o transformación humana sucede para beneficio de sí mismos, sino para aceptar esa mirada del otro que acontece y plenifica la existencia de todos.

e

Lista de referencias

Nussbaum, Martha, *Sin fines de lucro*. Trad. Maria victoria Rodil. Buenos Aires: Katz Editores, 2010.

Papa Francisco. *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*. Roma: Tipografía Vaticana, 2013

Sabato, Ernesto. *La resistencia*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina, 2000.